

# En busca de una exposición

**'H** A llegado la hora de Fernández", escribía en 1968 el crítico de "Paris-Press", comentando la exposición que la galería Iolas organizaba —¡al fin!— del pintor asturiano.

Se equivocaba. La hora de Fernández no sonó entonces. La ensordecedora rebelión de mayo-junio de ese año ocultó su tímida voz. Tampoco llegó su momento en 1972 (ver TRIUNFO núm. 515), cuando se esperaba que la gran retrospectiva presentada en el Centro Nacional de Arte Contemporáneo abriera los ojos y desatase las plumas de los críticos instalados. En vano. Salvo alguna excepción, como la de Jacques Michel en "Le Monde", pocos subrayaron la importancia de la pintura de Fernández, y la mayoría se hizo cómplice —quiero pensar que por ignorancia— de la actitud innoble de un mercader de arte.

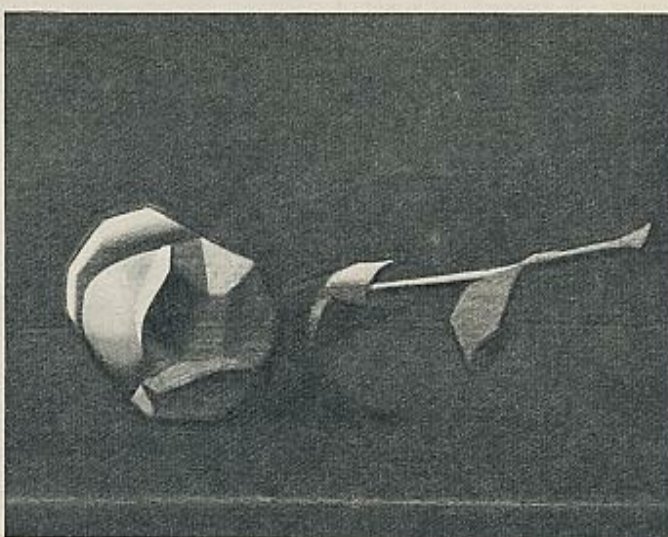
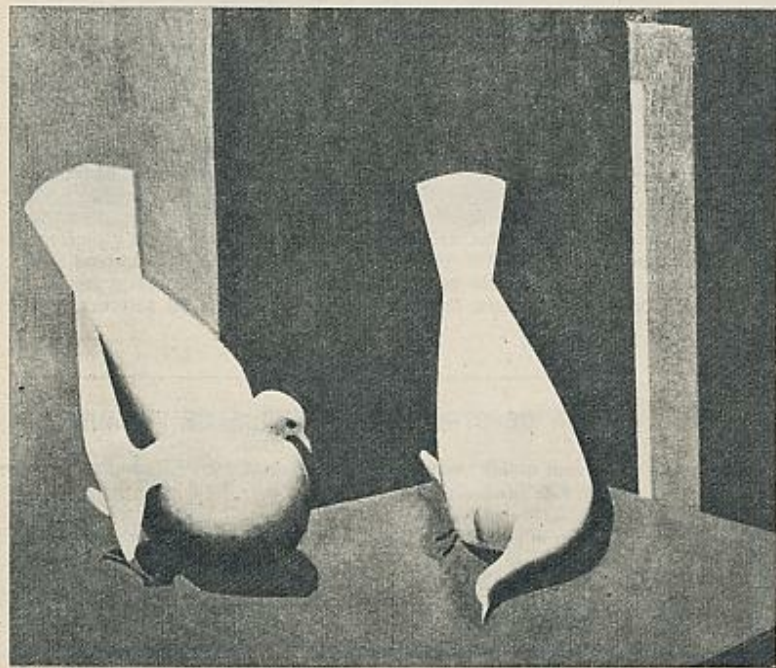
Al morir, a los setenta y tres años, Fernández sólo había logrado obtener cinco exposiciones. "Por medio siglo de trabajo ininterrumpido", comenta Jacques Michel, a quien Fernández comienza a explicar las razones de su aislamiento: "En mil novecientos cuarenta y ocho, un marchand vio una de mis obras, la 'Cabeza de cordero'. Me dijo: 'Desde ahora le compro toda su producción'".

Y así empezó su calvario. Continuó de la forma que me contó el año pasado: "Me dijo que cuando tuviera veinticinco cuadros me organizaría una exposición en Nueva York. Cuando tuvo los veinticinco cuadros se negó a hacer la exposición, y así año tras año. Pasaron veinte, y sin decirme nada vendía los cuadros a precios que eran casi los de Picasso, y me los pagaba muy poco. Mi mujer y yo vivíamos en

una media miseria. Tenía que pedir dinero prestado a los amigos, y a los sesenta y siete años eso es una cosa muy penosa. Entonces, bajo los consejos de Balenciaga y de René Char, le escribí una carta muy seca a Iolas exigiéndole que hiciera una exposición mía. Este hombre, que tenía una galería en Nueva York, que las tiene ahora en Madrid, en Ginebra, en Roma, en Milán, en todas partes, me contestó que me la organizaría. Pero no volví a tener noticias suyas. Le escribí varias cartas y un telegrama y no contestó a ninguno de ellos". Al final, le dijeron que no se organizaría la exposición.

"Entonces —continúa Fernández— esto me dio un choque enorme, porque pensé que la única manera que tenía de vivir un poco mejor era que se diera a conocer mi trabajo. Iba a pasar toda la vida

en esta media miseria; mi mujer tiene dieciocho años menos que yo. No se sabe nunca quién va a morir antes, verdad, pero normalmente debo ser yo. Y pensé que si me muero, dejo a mi mujer sin un céntimo. Entonces perdí el conocimiento, mi mujer tuvo que llamar a una ambulancia, me llevaron a un hospital y mi mujer, desde el pasillo, oyó a un interno que decía: 'Me traen a un tipo que no pasará la noche; yo no quiero que muera aquí, y lo mando a la sala de reanimación'. Estuve dos semanas en coma. Cuando recobré el conocimiento me encontré con cosas puestas en todo el cuerpo, con tubos, agujas por todas partes y aún tengo señales hasta en los pies, y lo primero que oí —había varios médicos— fue a un médico que decía: 'Ha recibido un golpe moral como para matar a un buey'".



# La muerte soñada

Al final, el mercader le organizó la exposición, pero, como dijimos, la histórica cita estudiantil de mayo del 68 anuló su eco. Y es que un misterioso silencio ayudó siempre a las fuerzas reales y vivas a mantener marginado al pintor.

Concientes somos de que con este homenaje póstumo ayudamos a los que le mantuvieron muerto en vida a resucitarle ahora, y hubiéramos renunciado a él de no haber intentado esta resurrección el año pasado. Sabemos también que si Fernández había terminado familiarizándose con la no existencia ("esta es la pintura de un muerto", me dijo, sin conocer nada de su vida, un psiquiatra que vio por primera vez el catálogo de su última exposición); que quizá hubiera encontrado una especie de placer inconfesable en esta situación, al final de su vida la frustración le era insportable, y de la misma forma que su pintura se fue volviendo con el correr de los años hacia unas raíces esencialmente hispánicas, el hombre comenzaba a abrigar una declarada esperanza: ser reconocido en su país. Ullán nos dice en su artículo su obsesión y su decepción por exponer en España y por el resultado de las gestiones. Así, textualmente, me lo contó a mí: "Varias veces se habló de hacer una exposición mía en Madrid. El señor Quintanilla, agregado cultural de la Embajada de España, vino a mi exposición con el embajador, quien dijo que él se ocuparía personalmente. Vino también el director del museo. Me dijo que estaba dispuesto a organizar la exposición, y que me quería comprar dos cuadros muy grandes, entre ellos, éste que estoy terminando. En el CNAC estaban de acuerdo, pero necesitaban una carta confirmando que correrían con los gastos, con los seguros, con los transportes. No dieron más señales de vida, y de esto ya hace casi un año..., no sé cuánto tiempo hace, pues las fechas y yo estamos reñidos; yo vivo en un eterno presente. Yo he renunciado completamente. El embajador escribió al director general de Bellas Artes, que está por encima del director del museo. Entonces el director del museo —se llama González Robles— envió una carta al embajador, y la Embajada me mandó una copia. En esta carta no decía nada importante. Dice nada más que está dispuesto a hacer la exposición, y que le guarde el cuadro —me habían hablado de tres cuadros, y ahora sólo era uno— que había reservado. De modo que yo no le guardo nada y estoy dispuesto a venderlos al primero que quiera comprarlos. No han mandado nunca la confirmación oficial al CNAC y ya no se puede hacer, pues la exposición sale para diversos países de Europa y varias ciudades de Francia. Varios amigos me han dicho que es una vergüenza que no haya ningún cuadro mío en ningún museo español y que no se haya organizado la exposición. Pero en esto también tengo la conciencia tranquila y puedo asegurar que no es culpa mía".

Ya es tarde. Porque mucho nos tememos que la hora de Fernández haya llegado con su muerte. ■ RAMON CHAO.

«No sabe ser primitivo, desconoce el disfraz de la ingenuidad, respira su inocencia, creando un halo donde el pecado original se desfigura en sus trasplés y pide tregua. La sobriedad, la respiración, su ligero apoyarse, borran las huellas y descorren un encantado fragmento de espacio puro».

LEZAMA LIMA

**E**N septiembre de 1963, André Malraux veía en los solemnes funerales de Braque una respuesta vindicativa a las miserables exequias de Modigliani y al entierro siniestro de Van Gogh. Efímera venganza: Luis Fernández acaba de morir oscura y escondidamente, sin antes tropezar con los espejos del reconocimiento. Ni siquiera quienes le amamos podríamos reclamar un llanto a esa ruptura, hasta tal punto su humildad nos enseñó el acogimiento austero y sosegado. Por otra parte, su inexistir era ya ausencia plena. Dueño del ancho olvido, pasaba del misterio a lo real sin entender qué era lo uno ni lo otro, sin nada rechazar, salvo acaso las sombras de falsas profecías.

Recuerdo su voz persuasiva, la risa sin edad que engendraba el so-

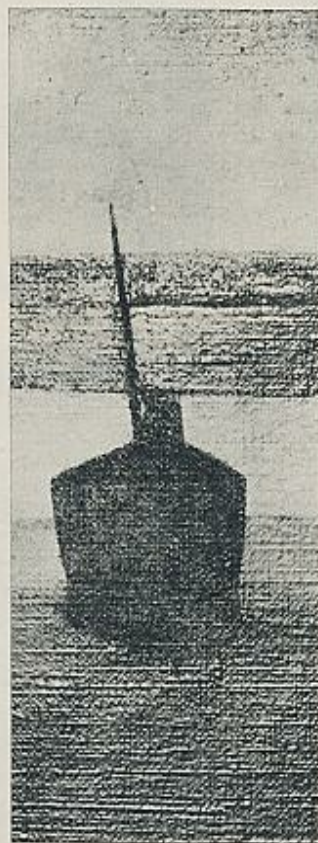
bresalto o el fulgor. Uno sabía que sus manos transparentes y la clemencia de sus ojos no eran de este mundo. Su lentitud sobrecogedora, los serenos cataclismos de su memoria o su distancia frente a las pasiones, ¿qué secreto ocultaban? Nunca quise adentrarme totalmente en esa torbellino hermoso y ceniciento, por temor a no poder regresar jamás. Y, sin embargo, ahora se abre un violento naufragio: los muertos también mueren. ¿A qué puente habría que asomarse para ceder al vértigo? Fernández derribó todos los puentes en la epopeya silenciosa de la luz mental.

Al abandonar su patria, el creador despintó la primera señal accesorio. Su único lugar de residencia va a ser el lienzo, ese paisaje virtual en donde lo cimental es el borrar. Del sacrificio de Isaac que Caravaggio pintara, Fernández se apropió solamente del cuchillo. De un paisaje de Vermeer, reaviva el esqueleto. De los bodegones zurbarrianos, del cubismo, del arte abstracto y del surrealismo, exhuma la pujanza subterránea y desdeña la tendencia, la actitud, la seguridad. Recorre todo para conocer todo: esencialmente, aquello que él anhela repudiar. Más exaltante le parece encontrar lo buscado que encontrar algo sin buscarlo. Sus objetos serán, pues, invisibles

para la pereza, la ignorancia y la pedantería, que, al decir del propio artista, son los dogmas feroces de nuestro tiempo.

Es de temer que, en consecuencia, su pintura tarde en ser contemplada con la adoración debida. Esa magia meditativa, de un rigor implacable, no puede hallar ningún lazo recuperador que la ligue a la fanfarria de una subvanguardia por-diosera y empobrecedora ni a la plúmbea tradición decorativa. Georges de la Tour corrió la misma suerte; y el paralelismo es permisible, pues mientras aquél convirtió lo religioso en cotidiano, Fernández hizo lo cotidiano religioso. Y esto no por deseo de trascendencia, sino para fijar lo intrascendente y, a la vez, iluminar ese deseo sin anularlo. Una iluminación circular, la resonancia del interior, el don de las miradas neutras.

Nada seguro estoy de que Fernández supiese de verdad lo que pintaba. Su atención centróse fundamentalmente en el oficio y, a este propósito, recuerdo sus largas e irresistibles conversaciones sobre técnicas pictóricas, distribución de los colores en triángulos equiláteros cercados por circunferencias, fórmulas matemáticas y problemas de perspectiva, subyugantes al término. En cierta ocasión me atreví a comunicarle mi sorpresa por la



## LLEGA DE OTRO LUGAR NOTICIA DE SU MUERTE

*Hoy han venido todas las palomas juntas, Luis Fernández, como salidas de tus luces y tus sombras.*

*Hoy, en noviembre de un año en que los números diríase conjugan sus potencias más oscuras.*

*Irrumpió la bandada de palomas tiñendo de blancura el amarillo y el verde naturales.*

*Tú te pusiste del lado más secreto de lo nunca visible.*

*Hubo una flor, un vaso y un cuchillo.*

*Hay un cirio de luz incorruptible.*

*Había en bandas planas la visión de lo único.*

*La rosa calcinada en el espejo de su propia memoria y el implacable insomnio de las calaveras.*

*Una bandada de palomas inunda lo amarillo*

*Nacen desde la muerte alas y luces.*

*Luz y sombra contiguas.*

Luis Fernández

*la materia arrasada es la señal del fuego.*

JOSE ANGEL VALENTE